

tico y etnográfico de Aragón (ALEAr) con los otros atlas regionales que se están haciendo o se proyecta hacer en la Península Ibérica. Para conseguirlo, al preparar este cuestionario aragonés, ha partido de los cuestionarios ya utilizados en la realización de otros atlas, sirviéndose de ellos en mayor o menor medida: el del ALEA, el del ALPI (*Atlas lingüístico de la Península Ibérica*), el de la Gascuña y algunos otros. Naturalmente que ha tenido que adaptar esos cuestionarios —especialmente el de Andalucía, que le sirvió de base— a la realidad lingüística aragonesa, conocida ya en gran medida merced a las investigaciones de Elcock, Schmitt, Badía Margarit, García de Diego, Borao, Kuhn, Pottier, etc., y del mismo Alvar.⁴

Hagamos votos porque la empresa, tan esperanzadoramente iniciada, llegue a feliz término en no demasiado tiempo. La capacidad de trabajo de Alvar y de sus colaboradores nos lo hace esperar así.

J. M. LOPE BLANCH

AMÉRICO CASTRO: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*. Segunda edición muy renovada. Madrid, Taurus, 1961; 150 pp.

La primera edición de este libro (Losada, Buenos Aires, 1941) dio lugar a una verdadera tormenta de comentarios entre los hispanistas rioplatenses (y no rioplatenses). Muchos de estos comentarios —tal vez la mayor parte— no se referían concretamente a las afirmaciones o a las hipótesis de Américo Castro, sino a su actitud frente a la realidad lingüística rioplatense. No podía suceder de otro modo, ya que este libro es mucho menos un ensayo científico que un alegato apasionado, casi pasional, en procura de una reunificación de la lengua española, cuya unidad Castro considera seriamente lesionada por el modo de hablar de los argentinos y de los uruguayos. Es, además, un alegato sumamente representativo de la tesitura que suelen adoptar los españoles que llegan a estas tierras, sean o no filólogos: la reuni-

nuestra lengua permanece relativamente muy descuidada, y que sus problemas pocas veces se analizan con detenimiento en los estudios dialectales o en los históricos. Confío en que, poco a poco, irá superándose esta deficiencia metodológica.

⁴ En los tomos XIV-XV del *Archivo de Filología Aragonesa* publica el profesor Alvar ("Proyecto de un Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón") una explicación detallada de todos los aspectos teóricos de esa empresa. (Hay también sobretiro de este trabajo, como núm. 8 de los Anejos del *AFA*, Zaragoza, 1963).

ficación debería operarse mediante el abandono voluntario, por la parte de los rioplatenses, de todos los barbarismos y de todas las barbaridades que han invadido su lenguaje, y acogerse al español madrileño que representa la única forma "correcta", culta y elegante del español. Esta tesis tan subjetiva tenía que provocar y provocó una reacción no menos subjetiva (y mucho más brillante) de filólogos e intelectuales rioplatenses, entre los cuales se destaca JORGE LUIS BORGES ("Las alarmas del Doctor Américo Castro", véase en *El lenguaje de Buenos Aires*, Emecé, Buenos Aires, 1963, pp. 37-48).

Nuestra intención no es aquí enjuiciar ni defender la actitud de Américo Castro frente a la realidad cultural de la región rioplatense, sino desentrañar y comentar lo que su alegato pueda contener de filología o de lingüística. Esta segunda edición nos brinda una excelente oportunidad para hacerlo, ya que debe suponerse que los cambios introducidos en ella por el autor representan una especie de asentamiento de sus juicios, una mengua de su tesis pasional y una búsqueda de mayor objetividad, justificada por el paso de los años. En efecto, puede notarse que en la segunda edición han sido suprimidas muchas expresiones tan injustas como abiertamente insultantes para con la República Argentina, como, por ejemplo, ésta: "Lo propio de Buenos Aires es su rebelión contra la acción educativa, su engallamiento agresivo contra la intensa acción de la cultura..." (p. 73). Pero no altera en nada el enfoque total del problema, también profundamente injusto frente a la cultura rioplatense, y no enmienda los errores de concepto y de detalle que se refieren, no ya al fondo histórico del español hablado en la Argentina (porque lo de "rioplatense" está sólo en el título, pero no en el pensamiento), sino a su realidad lingüística en sí. A lo largo de todo el tomo, no encontramos ninguna diferencia, digna de mención, con el texto de la primera edición, en lo que se refiere concretamente a la lengua. Debemos pensar, por lo tanto, que el autor no ha cambiado en nada sus puntos de vista en este terreno. Para decirlo más claramente, que no ha percibido sus errores originales.

Todo el libro no es más que un intento de explicar, mediante hechos históricos y extralingüísticos —culturales o no culturales— una situación lingüística que Castro cree encontrar en la Argentina (pero no en el Uruguay). Una situación que puede caracterizarse, sin gastarse en 137 páginas, como "ausencia de toda norma". Una situación de "desorden y hasta de desquiciamiento" (p. 27). Manifestaciones de esta situación serían el lunfardo, el gauchesco, el descuido en el hablar, y en el fondo de todo este estado de cosas —así lo entendemos nosotros— habría un insuficiente funcionamiento del lenguaje desde

el punto de vista sintomático: la ausencia de toda norma significa que no se considera "vulgar" al que dice determinadas cosas o *no* usa determinadas formas (p. ej., *tú* o *vosotros*).

A esta situación lingüística le busca explicación Castro a lo largo de todo el libro. El resultado puede parecer (y parece, en efecto) un tanto lesivo para con la nación argentina y sus logros culturales, que no son pocos, ni pequeños. He aquí la causa de las agrias críticas a que dio lugar la primera edición de este libro. No se resuelve esto con la tibia aclaración que hace Castro en el prólogo a la segunda edición: "No he pretendido molestar ni zaherir a españoles ni a argentinos" (p. 16); sobre todo si se mantienen afirmaciones tales como "Cuando se esfuma el confín entre lo alto y lo bajo, lo bajo lingüístico deja de parecer tal, sobre todo si quienes hablan así llevan sobre sus hombros el fardo del vivir nacional" (p. 71). Al mismo tiempo, la explicación histórica en sí puede parecer falsa a más de un lector, especialmente a los que conocen bien la historia argentina.

Pero no es posible encontrar una correcta explicación histórica, un verdadero sentido histórico, a una peculiaridad lingüística que simplemente no existe. Ni la mente más lúcida podría justificar por qué los argentinos hablan como en realidad no hablan. Entendemos, por lo tanto, que una crítica desapasionada, desde el punto de vista lingüístico, debe empezar por la aclaración de que Américo Castro, después de una breve estada en Buenos Aires, se dejó llevar por una falsa impresión acerca de la realidad lingüística de ese país, realidad que al parecer no llegó a conocer bien ni a comprender en absoluto. No es cierto que no exista ninguna norma culta rioplatense; esta norma existe y funciona muy bien, sólo que no es igual a la norma madrileña. La diferencia es del tipo horizontal (geográfico), no del vertical (de nivel cultural). Si al autor le sorprendió encontrar en el lenguaje de las personas cultas rioplatenses algunas modalidades que en España se usan solamente en las capas incultas, este hecho no debía llevarle a creer que, en el Río de la Plata, no existe *ninguna* norma culta. Lo único cierto es que no se usa la norma culta *de España*. Ningún rioplatense culto deja de percibir la vulgaridad de expresiones como *haiga*, *dejemén*, *truje*, etc., y no porque sean contrarias a la norma madrileña, sino por no concordar con la norma rioplatense. Si no hubiera por aquí ninguna norma, estas expresiones no nos sonarían como terriblemente vulgares. Y si formas como *vos tenés*, *nosotros* (para el femenino), *ustedes* (por *vosotros*) etc., son usadas por las personas cultas, esto se debe a que la norma culta rioplatense (la misma que condena *haiga*) las acepta, aunque la española las rechace

Sorprende a Castro el uso del "lunfardo" aun por las personas cultas de Buenos Aires y, en mucho menor grado, de Montevideo. Sólo que, como muy justamente observa Borges, no se percata de que ningún porteño culto *utiliza* el lunfardo. Hay en el español común bonaerense algunos —muy pocos— vocablos tomados en préstamo del lunfardo, pero forman parte integrante del español rioplatense con no menos derecho que los anglicismos, galicismos o los indigenismos. El hablante culto los utiliza *en cuanto* parte de su propio lenguaje, no en cuanto lunfardo. Otras palabras lunfardas —en mucho mayor número— se utilizan sólo con valor estilístico, ya sea por sus asociaciones ambientales, o bien como imitación de personajes arrabaleros (ciertos o ficticios). En este caso, el hablante culto sabe perfectamente bien que no se trata de su propio lenguaje, sino del lunfardo. Su interlocutor sabe también (a menos que sea un español desconocedor del lenguaje rioplatense) que se trata sólo de un uso estilístico. Este recurso estilístico fue estudiado por muchos lingüistas (sorprende que Castro no lo sepa), y sistematizado por L. FLYDAL, "Remarques sur certains rapports entre le style et l'état de langue", en *Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap*, XVI (1951), 240-257. Funciona no sólo entre dos niveles culturales (no tiene el mismo "sabor" decir *chochamus* que *muchachos*), sino también entre dos lenguas (no es lo mismo *savoir vivre* que *saber vivir*) o dos épocas (cuando se dice *cosas veredes*, se expresa algo más que "verán Uds. cosas"). Y, sobre todo, funciona en todos los hablantes de todos los lugares y en todas las lenguas del mundo. Pero no significa, como parece suponer el autor, que, en el español del Río de la Plata, la segunda persona de plural termine en *-edes*.

Tampoco podríamos suscribir la opinión de que "la fonética de este lenguaje carece de unidad" (p. 113), que es otro aserto básico dentro de la teoría expuesta por Castro. Desde el punto de vista lingüístico, nos parece innecesario señalar lo infundado e imposible de una opinión de este género, ya que ella supondría que el español porteño no fuera una estructura o no tuviera estructura. Lo único cierto es que Castro no ha logrado descubrir las regularidades y, por ende, la unidad del lenguaje porteño. No viéndola, supone que no existe. Algo parecido sucedió también con A. COSTA ÁLVAREZ (*De nuestra lengua*, Buenos Aires, 1932), como señalamos en otro lugar ("Reproducción del lenguaje hablado en la literatura gauchesca", en *Revista Iberoamericana de Literatura*, IV, 4 [Montevideo, 1962], p. 108). En ambos casos —y en muchos otros— la falta de unidad no está en el lenguaje que forma el objeto del estudio, sino en el estudio y en el estudioso. El indudablemente voluminoso bagaje filológico de Castro

debería haberle servido de guía para evitar todos estos errores de concepto. Lo mismo sucede con el léxico, sobre el cual afirma que "el verdadero caos de la lengua española no aparece sino al observar el léxico y la sintaxis" (p. 115), principalmente debido al aluvión de italianismos procedentes de las enormes masas de inmigrantes italianos. En este sentido, Castro en 1941 es mucho menos sagaz que su ilustrísimo compatriota DANIEL GRANADA quien, casi medio siglo antes, se había percatado de que los italianismos del lenguaje rioplatense no eran debidos a la inmigración, sino a la influencia cultural de Italia. Lo malo es que, siendo Castro mucho más leído que Granada, el mito de la influencia de los inmigrantes echó a andar por el mundo y será muy difícil combatirlo. La verdad es —ya lo señalaba Granada— que los hijos de los inmigrantes evitaban cuidadosamente los italianismos, porque no querían parecer precisamente hijos de inmigrantes. Es éste un fenómeno muy importante, que permitió que la Argentina y el Uruguay absorbieran virtualmente sin residuo enormes masas de inmigrantes italianos, a medida que iban llegando y asentándose. Los italianismos del porteño proceden de la influencia cultural italiana, o bien del lunfardo que, a su vez, los tomó del italiano como de cualquier otro idioma. Pero el lunfardo *no* es el lenguaje porteño. Para abonar su tesis, Américo Castro presenta una lista de veinte italianismos supuestamente debidos a los inmigrantes, algunos de los cuales (como *achidente*, *bulín*, *baratieri*, *cana*, etc.) nunca han formado parte del lenguaje común porteño; otros (*capuchino*, etc.) no fueron traídos por los inmigrantes, sino que son verdaderas palabras internacionales de cultura (hasta en húngaro se dice *kapucinus*); y otros no son italianismos de los inmigrantes ni italianismos de los otros, porque simplemente no son italianismos, como, por ejemplo, *espamentoso*.

Fuera de un prólogo y "unas palabras complementarias" (pp. 129-137) en las que nada encontramos que no esté en el cuerpo del estudio, salvo algunas auto-disculpas en que el autor dice que no se proponía ni atacar ni enojar, etc., sólo encontramos un breve apéndice titulado "En torno al *Facundo* de Sarmiento", reproducido de la revista *Sur* de 1938, y que nada tiene que ver con la peculiaridad lingüística rioplatense. Por lo demás, de la comparación de las dos ediciones resulta que son mucho más las supresiones que las adiciones. Esto es muy sintomático acerca del valor del libro. Por primera vez encontramos una "segunda edición, corregida y disminuida". En resumen, nos parece bastante inoportuna esta segunda edición, de carácter comercial y destinada al público amplio. Es una obra polémica, que ya estaba y está en los anaqueles de todas las instituciones doctas.

A veces no es aconsejable servirle al público amplio esta clase de obras, que ese público toma como verdades ya probadas y fuera de toda discusión.

JOSÉ PEDRO RONA

Facultad de Humanidades y Ciencias,
Universidad de Montevideo.

LUDOVIK OSTERC, *El pensamiento social y político del Quijote*, México, De Andrea, 1963; 279 pp. (Col. Studium, 40).

Cada una de las tres partes de que consta este libro aparece subdividida en tres apartados, a través de los cuales va estudiando su autor la realidad histórica de la época cervantina, la sociedad española de los siglos XVI y XVII, la política española durante el reinado de Felipe II y Felipe III, así como los recursos literarios empleados por Cervantes en el *Quijote*, sus ideas, su crítica social y su concepción humanista de una sociedad utópica. La bibliografía que ocupa las últimas páginas del libro es abundante y parece haber sido bien seleccionada.¹

La obra es de gran aliento y de pretensiones ambiciosas, puesto que el autor se sitúa en un ángulo desusado de la crítica cervantina, aunque no sea Osterc el primero que haya intentado tal enfoque, y mucho menos por las razones que aduce: "Comentadores y críticos idealistas no han podido calar el profundo significado de la obra por el carácter limitativo y deficiente de la crítica literaria burguesa; otros no han querido penetrar ni ocuparse en él" (p. 14). Trae en apoyo de su afirmación las palabras de Américo Castro: "Hay una guardia celosa que vigila para que nadie ose traspasar el límite del canon crítico permitido".² Claro está que aparentemente tiene razón Osterc, pero, argumentando *ad hominem*, ¿no podrían devolverle la saeta los críticos "idealistas burgueses", censurando la posición del *materialismo histórico* o "materialismo dialéctico aplicado a los fenómenos y problemas sociales" en que él se coloca? ¿No están en los extremos del eje una y otra postura?

Mas no se trata de ir contra el libro de Osterc, sino de reseñarlo con todo cariño, ya que es, sin duda, un libro impregnado de una gran devoción por la más alta cumbre literaria hispánica.

Somos testigos del colosal esfuerzo del autor, que llegó a México desde su natal Yugoslavia hace apenas siete u ocho años, con no grandes conocimientos del español, y que se atreve a enfrentarse con la obra inmortal y adentrarse en su estudio y exponer, en límpido

¹ Si bien se echa de menos el libro de LUIS ROSALES, *Cervantes y la libertad soñada*, Madrid, 1959.

² A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, 1925; p. 9.